

Vicisitudes morales de una madre de mancebía

A. Robert Lauer
(University of Oklahoma)

Vida y costumbres de la Madre Andrea (c. 1650), obra desconocida hasta 1958, cuando el hispanista neerlandés Jonas Andries van Praag publicó el manuscrito encontrado en la casa Beijers de Útrecht en 1950 (Praag 111), ha sido clasificada, desde entonces, como una novela picaresca anónima. Así la designa Enriqueta Zafra en sus dos recientes libros (Zafra, *Prostituidas* 136 y Zafra 2011, 1) y Howard Mancing en un importante ensayo (Mancing 288). En ese caso, *Madre Andrea* sería la última novela europea escrita en español que versa sobre una pícara, de la misma forma que *La lozana andaluza* (1528) de Francisco Delicado constituiría la primera narrativa de este género. Dentro de este marco (1528-1650) tendríamos otras obras como el *Libro de entretenimiento de la pícara Justina* (1605) de Francisco López de Úbeda; *La hija de Celestina* (1612) de Alonso Jerónimo de Salas Barbadillo; *La niña de los embustes, Teresa de Manzanares* (1632) y *La garduña de Sevilla y anzuelo de bolsas* (1642) de Alonso de Castillo Solórzano y, acaso, “El castigo de la miseria” (*Novelas amorosas y ejemplares*, 1637) de María de Zayas y Sotomayor. Se excluyen antecedentes híbridos como la *Celestina* de Fernando de Rojas, las novelas cortesananas de *La ilustre fregona* (1613) y *El casamiento engañoso* (1613) de Miguel de Cervantes y obras picarescas posteriores a 1650 escritas en otras lenguas como *Die Lebensbeschreibung der Erzbetrügerin und Landstörzerin Courasche (La pícara Coraje)* (1669) de Hans Jakob Christoph von Grimmelshausen o *The Fortunes and Misfortunes of the Famous Moll Flanders* (1722) de Daniel Defoe. Más allá de las fronteras europeas tendríamos al menos el caso de la *Vida de una mujer amorosa* (Osaka, 1686) del poeta y novelista Ihara Saikaku (1642-1693) del período Tokugawa (1603-1868), obra traducida al español por Daniel Santillana de la Universidad del Claustro de Sor Juana (México, D. F.). Posterior a la obra de Delicado tendríamos en lo que hoy es Italia los *Ragionamenti o Sei giornate* (1534, 1536) de Pietro Aretino (xv).

Poco sabemos de *Vida y costumbres de la Madre Andrea*. Se piensa que el autor fue un judío converso de origen portugués establecido en Ámsterdam (Zafra 2011, 15). El hecho de que escribiera la obra en español no sería extraño, ya que los judíos conversos portugueses, amén de otros, solían escribir literatura en español durante la Monarquía Dual (1580-1640). De hecho, el autor usa varias palabras de origen portugués como *velhaco* (bellaco), *ajudé* (del port. *ajudar* > ayudar), *remasgando* (del port. *resmungar* > quejarse, refunfuñar), *holla abafada* (cubierta), *pedintón* (del port. *pedinte* > pordiosero), *copo* (vaso), *baxuras* (esp. bajezas, del port. *baixar* > bajar), *mágoas* (tristezas) y *paper* (conseguir, follar). A la vez, van Praag indica que la obra contiene algunos galicismos (Praag 119), lo que haría pensar que este autor habría sido acaso un converso sefardita que hubiera pasado por algunos de los centros franceses de judíos portugueses como Ruán, Bayona o Burdeos antes de emigrar a Ámsterdam. Asimismo, resalta en la obra el hecho de que el autor tenga altos conocimientos de matemáticas y de que sus alusiones bíblicas sean al Antiguo Testamento (Praag 126).

El manuscrito de esta obra contiene 146 páginas y mide 17 x 11 cm., encuadernado en pergamino. A la par, en la guarda del libro se menciona en francés el hecho de que la

obra es un “Manuscrit espagnol, en prose et en vers, du 17e siècle?” (Praag 111). Van Praag anota que la última página contiene una filigrana que presenta unas armas entre dos grifos, la cual indica una procedencia italiana (genovesa). No obstante, este tipo de filigrana se usó en Provenza, España y Portugal en los siglos XVII y XVIII (Praag 111-12). En ausencia de un facsímile, el cual nos daría información sobre la caligrafía, nos ajustamos a la posible fecha de redacción de 1650, sugerida por el crítico neerlandés (Praag 113), aunque es de suponer, como este estudioso indica, que el único manuscrito de esta obra fuera una “copia dieciochesca de otro anterior” (Praag 112).

La narrativa de *Madre Andrea* mantiene una organización esencialmente cronológica (*ab ovo*) que empieza con el nacimiento del personaje homónimo y termina en un punto indeterminado de su madurez. De esta forma sigue inicialmente la estructura básica de todas las novelas picarescas, con excepción de *La hija de Celestina*, que comienza *in medias res*. A la vez, *Madre Andrea* usa una retrospectiva temporal para informarnos de sus antecedentes, los cuales siempre son determinantes en la narración picaresca. Andrea fue hija de una prostituta y un padre de mancebía, o sea, un dueño de un burdel.¹ Asimismo, por haber tenido su madre múltiples amantes, cada cliente defiende que Andrea tiene algo suyo. Su herencia biológica y moral, por lo tanto, determina su vida ulterior.

Después de este punto inicial, la narrativa hace un salto temporal indeterminado en el cual la protagonista ha dejado en parte su vida prostibularia para fungir el cargo administrativo de madre de mancebía: “después de la pasión me valí de la agencia” (Zafra 2011, 36). En este oficio tuvo gran éxito y ganó buen dinero: “Era tanta la miel que no me dejaban dormir las moscas” (Zafra 2011, 36). A diferencia de otras obras picarescas como, v. gr., *Lazarillo de Tormes*, Andrea, desde el principio de su relato, ha llegado a su “prosperidad y [. . .] cumbre de toda buena fortuna” (Carrasco 88). Lo que sigue será una serie de encuentros entre clientes, trabajadores sexuales y la Madre Andrea.

Los relatos prostibularios se dan, primero, en series de parejas sencillas, v. gr., un joven y una prostituta; después, en tríadas; finalmente, en series de parejas gemelas o cuaternarias. Esta sección es en efecto pornográfica, en su sentido etimológico, así como de carácter inicialmente erótico en sus relaciones ordinarias; y, posteriormente, exótico en sus correspondencias singulares. Según John Anthony Cuddon, la pornografía (del griego *pornē* [prostituta] y *graphein* [escribir] > escritura de rameras) se define como una obra de ficción que enfatiza la actividad sexual de una forma cómica, seria, bizarra o sobrecogedora para suscitar la emoción sexual. Se subdivide en dos clases: a) erótica, la cual describe una actividad heterosexual en gran detalle; y b) exótica, que enfatiza lo perverso u anormal (en relación a la primera categoría), incluyéndose el sadismo, el masoquismo, la pederastia y otras parafilias (Cuddon 729). Respecto a casas de lenocinio, la crítica Enriqueta Zafra nos recuerda que antes de que se clausuraran los burdeles de España en 1623 (Zafra 2011, 5), los prostíbulos servían ciertas funciones públicas, tanto para mujeres como para hombres. Para las primeras, este espacio legítimo proporcionaba un modo de vida para féminas pobres y solteras que hubieran perdido la virginidad y que no tuvieran familiares en la ciudad donde trabajaran. El administrador de un burdel, el así

¹ Respecto a los padres de mancebía, ver el reciente trabajo de Manuel Villegas Ruiz. Este erudito demuestra la preocupación de la monarquía hispánica por las meretrices, sobre todo bajo la reina doña Juana I de Castilla y, posteriormente, su hijo, el futuro rey y emperador Carlos I, V (111-12).

llamado padre de mancebía, proporcionaba por una cifra fija, comida, alojamiento, ropa, sábanas y velas (Zafra 2011, 8). A la vez, las prostitutas eran examinadas por un médico y, en caso de que adolecieran de un mal venéreo, eran consignadas a un hospital. Si se arrepentían y decidían cambiar de vida, todas sus deudas se cancelaban. En cuanto a los clientes, se suponía que éstos fueran hombres solteros que por falta de dinero o trabajo no podrían casarse. El burdel, a diferencia de la prostitución clandestina, protegía, por lo tanto, a las trabajadoras sexuales, a sus clientes y a la comunidad de mujeres honorables y acomodadas, las cuales se reservaban para uniones matrimoniales (laicas o eclesiásticas). Esta forma social de “contener el deseo” en ámbitos destinados para su ejercicio se limitaba legalmente a la fornicación simple entre un hombre y una mujer solteros, *solutus cum soluta*, y evitaba tanto el incesto como la penetración no natural (Zafra 2011, 8).

Sin embargo, el deseo en *Vida y costumbres de la Madre Andrea* no puede ser contenido o limitado socialmente. En efecto, cada incidente prostibulario prueba precisamente lo contrario de lo que se supondría que ocurriera en un burdel antes de su clausura en 1623. El primero, por ejemplo, muestra a un joven de familia adinerada que roba dinero de su padre para deleitarse en los brazos de la joven ramera Philipa. El segundo expone a un fraile impetuoso que estupra simultánea y encarnizadamente a tres mujeres: la Madre Andrea; una criada que, asustada, grita “Aquí del Rey” (Zafra 2011, 84); y, finalmente a una pobre y deslucida ramera destinada para su remate. El tercero revela a un letrado y un médico que primero dialogan extensa y cínicamente sobre sus profesiones y después se valen de una pareja de jóvenes de diferente sexo, “dos piezas de serafinas y serafines”, para actos descomunales: “vengan orinales no diáfanos sino maduros y encarnados” (Zafra 2011, 132). Como se ve, todos estos usuarios no son personas indigentes sino pudientes y, en el caso del fraile, desposados con la Iglesia. El hecho de que se use a jóvenes de ambos sexos para actos singulares también indica la práctica de un tipo de sexualidad prohibida o “no natural”, precisamente lo que un burdel trataba de evitar. El prostíbulo de la Madre Andrea, por tanto, no circunscribe sino que provoca un exceso o elemento sobrante (*super plus*): no limita sino que provoca el deseo: y todo por un apreciable precio: “Allá se las hubieron y a mí [. . .] me pagaron altamente” (Zafra 2011, 132). Se eliminan de este análisis los relatos no sexuales: El primero entre un poeta, un ebrio y un soldado que se emborrachan, se pelean y después abandonan el burdel sin tener comercio sexual; el segundo entre un filósofo, un matemático y un jaque que arguyen, comen y se salen del prostíbulo; y el de los tres ciegos que se emborrachan, se duermen y después simplemente se retiran de la casa de mancebía. El burdel, por tanto, sirve en estos casos no como un espacio de contención sino de desorden público.

Lo antedicho constituiría el elemento erótico y picaresco de *Vida y costumbres de la Madre Andrea*. Recordando para nuestros propósitos el término *Schelmenroman* (novela de granujas, bribones, pillos), para este tipo de narrativa, el pícaro o la pícara en éste y otros casos sería similar a un ave de rapiña. La acción principal de estos entes depredadores es pillar o raptar: pan o vino en el caso de Lazarillo de Tormes; dinero u honra en el caso de las pícaras. En la obra que nos ocupa, Andrea se jacta de haber trocado “sin violentarme” su honra por dinero: “Porque yo espontánea y liberalmente la repartía [honra], quedándome sin ella; mas no fui tan necia que no pidiese en recompensa el metal que la fortuna a tantos niega, que esa fue la lección primera con que me educó mi madre”

(Zafra 2011, 34). El intercambio nunca es ecuánime, por supuesto. Al final de la novela, Andrea indica que el Hospital de Nuestra Señora del Amor de Dios (de Antón Martín) ya no tiene cupo para los enfermos que les manda la Madre. Las “picarillas [que] tan negro encarnadas [. . .] infectaban cuántos árboles de cinselas [sic] las comunicaban” (Zafra 2011, 132) se han tenido que trasladar a Suecia y Baviera a infectar nuevos clientes. Por ende, Andrea y sus proxenetas privan, a cambio de un sucinto encuentro, no sólo de tesoro sino de salud, amén de la vida, a sus confiados e incautos clientes.

Toda novela picaresca se vale de episodios y peripecias que, al llegar a un punto culminante, provocan un cambio o paro permanente en la vida, el carácter o el movimiento del personaje principal. La obra, aunque indique la posibilidad de una subsiguiente parte, en efecto termina en ese momento. El hecho de que la mayoría de las novelas picarescas aludan a una subsecuente parte se debe a que el personaje al final de la obra todavía vive (salvo Elena, de *La hija de Celestina*, novela que requiere una narración en tercera persona). Por ende, Moll Flanders afirma lo obvio: “We cannot say, indeed, that this history is carried on quite to the end of the life of this famous Moll Flanders, for nobody can write their own life to the full end of it, unless they can write it after they are dead” (Defoe 7). Considérese también la respuesta del pícaro Ginés de Pasamonte a la pregunta redundante de don Quijote sobre si el libro de su vida está acabado: “—¿Cómo puede estar acabado —respondió él—, si aún no está acabada mi vida? Lo que está escrito es desde mi nacimiento hasta el punto que esta última vez me han echado en galeras” (Cervantes 1: 266). A veces el cambio es súbito, como en *La lozana andaluza*, cuyo personaje principal renueva repentinamente su vida después de soñar que Plutón y Marte asolan Sierra Morena: “pues he visto mi ventura y desgracia, [. . .] haré como hace la Paz, que huye a las islas, [. . .] Estarme he reposada, y veré mundo nuevo, y no esperar que él me deje a mí, sino yo a él” (Delicado 245). En otras ocasiones, el cambio se intuye: Elena, de *La hija de Celestina*, antes de ser agarrutada y encubada, “causando en los pechos más duros lástima y sentimiento doloroso” (Salas Barbadillo 153), hace testamento y restituye el hurto hecho a un tal don Rodrigo de Villafañe. Finalmente el cambio se impone: La pícara Justina, a pesar de narrar una vida jocosa, aunque moralmente reprehensible, indica al final del primer tomo que su fin será paulatinamente infausto: en el “primer libro me llamo la alojada, en el segundo la viuda, en el tercero la mal casada y en el cuarto la pobre” (López de Úbeda 874). Asimismo, Teresa de Manzanares, al concluir su escandalosa crónica, indica que tuvo un fin infeliz casada, por cuarta y última vez, con un mercader civil, cincuentón y miserable. La “segunda parte” de su vida se llamaría, pues, “*La congregación de la miseria*” (Castillo Solórzano 283).

La *Madre Andrea* es semejante a las susodichas obras, aunque con algunas diferencias. Si bien hay un cambio o peripecia decisiva, la narrativa se vale a lo largo de su extensión de fisuras que en efecto alteran el discurso salaz dominante. Estas fisuras generalmente se manifiestan como elocuciones vocativas dirigidas al lector que en efecto interrumpen y suplantán el discurso previo. En términos arquitectónicos, las fisuras representarían atalayas colocadas en encrucijadas, las cuales advierten al lector de cómo debiera captar el relato. Tienen, por lo tanto, una función adverbial. La palabra “lector”, en efecto, aparece cuatro veces en el texto. La primera vez se menciona en forma neutral al inicio de la obra para advertir al lector que no tome “el fin de la palabra”, o sea, los

“salados casos, ridículos sucesos, pasatiempos deleitables y dichos de discreción y agudeza”, sino que discierna en el modo de leer: “antes saca desta obra la cándida flor de la harina con que hagas pan de los santos” (Zafra 2009, 38). La segunda vez invoca al “lector lascivo o continente” (Zafra 2011, 100), precisamente después de fuertes descripciones exóticas que acaso provocarían placer en el primero y desazón en el segundo. Las dos últimas invocaciones a un “tú” se hacen hacia el final y van dirigidas al “lector pío” y al “lector benévolo”. En ambos casos, las descripciones eróticas han concluido y la Madre Andrea, después de haber narrado congeries de desorden y escándalo, declara que “me metí a devota” (Zafra 2011, 144). Su última advertencia es que uno debe apartarse de ruines compañías, juegos y negocios que provocan la deshonestidad: “Huye pues del demonio y sus tentaciones, y sigue el bien y la santa y verdadera doctrina [. . .], porque sólo de este modo puedes estar, vivir y morir cierto y tendrás en este mundo paz y después gloria” (Zafra 2011, 146). Se remata esta obra con una décima penitencial y ocho redondillas donde el autor pide clemencia divina. En este último aspecto, no difiere de la pecadora arrepentida de *Vida de una mujer amorosa* de Ihara Saikaku, quien después de amar a 10.000 hombres, ha abandonado el camino falso que había seguido hasta ese momento para seguir “la verdadera senda de Buda” (Saikaku 241).

Vida y costumbres de la Madre Andrea es por lo tanto una obra picaresca con rasgos pornográficos y un auténtico fin moral. En efecto, todas las obras picarescas tienen aspectos pornográficos, aunque generalmente de tipo erótico. Piénsese en la pícara Justina, que siempre está en peligro de perder la flor; o en Teresa de Manzanares o Elena, la hija de Celestina, quienes expresan cándidamente sus deseos sexuales y mantienen ocasionalmente relaciones adúlteras. Aldonza, la lozana andaluza, es, por supuesto, una cornucopia (pornucopia) de sexualidad ilimitada. Las relaciones triangulares, evidentemente, son comunes en toda narrativa picaresca, como se ve en los padres de Guzmán de Alfarache o en la relación entre el arcipreste de San Salvador, Lázaro de Tormes y la criada-esposa de ambos. Los elementos exóticos también se intuyen, como se observa en el padre afeminado de Guzmán de Alfarache, cuyos afeites inducen al narrador a declarar que “son actos de afeminados maricas, [que] dan ocasión para que dellos murmuren y se sospeche toda vileza, viéndolos embarrados y compuestos con las cosas sólo a mujeres permitidas” (Aleman 1: 118). Recuérdese asimismo la posible inversión del hiperactivo fraile de la Merced del tratado cuarto de *Lazarillo de Tormes*. Sin embargo, a diferencia de estas obras, *Madre Andrea* minimiza lo erótico y enfatiza lo exótico y escatológico. El lector de estas narrativas acaso sonriera ante los leves embustes de Justina o Teresa de Manzanares, pero probablemente se turbara ante las alusiones de sodomía, felación, urolagnia y coprofilia de la Madre Andrea y sus clientes. Lo exótico en esta obra se usa no para despertar el interés sino para provocar el desasosiego en el lector. No atrae; repele. En este sentido, se asemeja al *Guzmán de Alfarache*, aunque también, acaso, a *Les cent vingt journées de Sodome* del Marqués de Sade.

No obstante, a diferencia de estas dos últimas obras, la intención moral se explica clara y largamente al final de *Vida y costumbres de la Madre Andrea*. A la vez, este propósito se expone en las fisuras del texto a lo largo de la obra. De esta forma, lo moral irrumpe en los momentos culminantes improbables, precisamente para desplazar lo concupiscente y desviarlo hacia la probidad: “Deja pues mujercillas, porque quitan el

sueño, estragan la salud, deslustran la honra, consumen la hacienda, y muchas veces hacen perder las vidas; sé casto” (Zafra 2011, 144). Por ende, si las narrativas picarescas tienden hacia una finalidad moral, *Madre Andrea* mantiene esmeradamente esta función. En esto difiere del final irónico de *Lazarillo de Tormes* o del desenlace ambiguo de *Guzmán de Alfarache*: “Aquí di punto y fin a estas desgracias. Rematé la cuenta con mi mala vida. La que después gasté, todo el restante della verás en la tercera y última parte” (Alemán 2: 480). No obstante, se ajusta estructuralmente a éstas, y otras, en, v. gr., las extensas digresiones morales de *Guzmán de Alfarache*; las descripciones aciagas de la Roma *puttana* de *La lozana andaluza*; los aprovechamientos finales del narrador subalterno de *La pícaro Justina*; la narrativa “objetiva” del narrador de *La hija de Celestina*; los rótulos, escritos en tercera persona, de los capítulos de *La niña de los embustes*, *Teresa de Manzanares*; el prefacio del autor de *Moll Flanders*, el cual corrobora, antes de iniciar la narrativa principal, el arrepentimiento ulterior de la protagonista homónima y su cónyuge: “we resolve to spend the remainder of our years in sincere penitence for the wicked lives we have lived” (Defoe 308); y la nota final del autor de la pícaro Coraje, donde advierte a los jóvenes sobre los peligros de una vida pecaminosa y un arrepentimiento tardío (Grimmelshausen 175). Por supuesto, el principio de la novela de Ihara Saikaku, narrada desde la perspectiva final de una anciana prostituta arrepentida, no deja dudas de su intención ulterior: “Una mujer hermosa destroza la vida como un hacha” (Saikaku 15).

En concreto, *Vida y costumbres de la Madre Andrea* reúne a la vez lo más pecaminoso y moral de la novela picaresca escrita en español. En efecto, el tema de la pícaro española, iniciado en Italia con *La lozana andaluza*, culmina en Holanda con la *Madre Andrea*. Sus descendientes literarias se extenderán después por el Reino Unido y América (*Moll Flanders*) y el Sacro Imperio Germánico Romano (la pícaro Coraje). Otros imperios, como el del Japón, tendrán sus equivalentes en la obra de Ihara Saikaku. Sus aventuras, sin embargo, requerirían un estudio más profundo y dilatado, en efecto, una segunda parte.

Obras citadas

- Alemán, Mateo. Benito Brancaforte ed. *Guzmán de Alfarache*. Madrid: Cátedra, 1984. 2 vols.
- Aretino, Pietro. Raymond Rosenthal trad. Alberto Moravia pref. Margaret F. Rosenthal intr. *Dialogues*. Toronto: U of Toronto P, 2005.
- Carrasco, Félix, ed. *La vida de Lazarillo de Tormes, y de sus fortunas y adversidades*. Ibérica 23. New York: Lang, 1997.
- Castillo Solórzano, Alonso de. María Soledad Arredondo ed. *La niña de los embustes, Teresa de Manzanares*. Barcelona: Debolsillo, 2005.
- Cervantes, Miguel de. Francisco Rico ed. *Don Quijote de la Mancha*. Barcelona: Galaxia Gutenberg, 2004. 2 vols.
- Cuddon, J[ohn] A[nthony Bowden]. "Pornography". *A Dictionary of Literary Terms and Literary Theory*. Oxford: Blackwell, 1993. 729-33.
- Defoe, Daniel. Michael Seidel ed. *Moll Flanders*. New York: Barnes & Noble Classics, 2005.
- Delicado, Francisco. Bruno Damiani ed. *La lozana andaluza*. Madrid: Clásicos Castalia, 1972.
- Grimmelshausen, Johann. Mike Mitchell tr. *The Life of Courage: The Notorious Thief, Whore and Vagabond*. Sawtry: Dedalus, 2001.
- López de Úbeda, Francisco. Luc Torres ed. *La pícaro Justina*. Madrid: Clásicos Castalia, 2010.
- Mancing, Howard. "The Protean Picaresque". Giancarlo Maiorino ed. *The Picaresque: Tradition and Displacement*. Minneapolis: U of Minnesota P, 1996. 273-91.
- Praag, J[onas] A[ndries] van. "Vida y costumbres de la Madre Andrea: Novela picaresca anónima". *Revista de Literatura* 14 (1958): 111-69.
- Saikaku, Ihara. Daniel Santillana tr. *Vida de una mujer amorosa*. México, D. F.: Sexto Piso, 2012.
- Salas Barbadillo, Alonso Jerónimo de. *La hija de Celestina*. Ed. Enrique García Santo-Tomás. Madrid: Cátedra, 2008.
- Villegas Ruiz, Manuel. *La prostitución en Córdoba en el siglo XVI*. Córdoba: Ediciones El Almendro de Córdoba, 2013.
- Zafra, Enriqueta. *Prostituidas por el texto: discurso prostibulario en la picaresca femenina*. West Lafayette: Purdue UP, 2009.
- , ed. Anne J. Cruz tr. *The Life and Times of Mother Andrea / Vida y costumbres de la Madre Andrea*. Woodbridge: Tamesis, 2011.